

Por Sergio Villalobos

Otoño y Primavera en la Historia

Réplica a M. Angélica Illanes y Gabriel Salazar en la polémica sobre el libro "Historia de Chile Contemporáneo" de los autores Julio Pinto y Gabriel Salazar.

En este ya largo debate, tanto la profesora Illanes como el profesor Salazar denuncian en sus respuestas que me he pasado a un discurso "oficialista, derechista y militarista", y que me he situado en el mismo anaquel que F. A. Encina, Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre y otros historiadores conservadores. Estaría abandonando una posición que les resultaba más simpática y ello les parece insoportable. Creo, sin embargo, que no he variado la visión histórica que ya sustentaba en 1980, y quizás antes, según puede comprobarse en la introducción a mi *Historia del pueblo chileno* a la que me remití en una réplica anterior.

Me parece que la señora Illanes y Salazar, situados en una posición irreductible, no comprenden que un investigador pueda tener un punto de vista amplio, libre, y que pondere todos los elementos sociales e ideológicos que intervienen en la historia. No sé hasta cuándo tendré que insistir que en la historia todo está presente: la aristocracia y el jornalero, la balanza comercial y el sillón Luis XV, etc. Dentro de esa concepción las elites tienen un papel rector, dentro de cualquier sistema social; pero no significa que los estudios deban reducirse a ellas ni que un investigador deba ser quemado por reconocer su importancia.

Por otra parte, nuestro apreciado colega cae en una inconsecuencia. Reconoce que todos los sectores sociales son protagonistas de la historia; pero en el hecho se inclina de corazón por el bajo pueblo. Sus diversas obras lo prueban hasta la saciedad y no es difícil establecer que, llevado de su sensibilidad social, hace de la historia una herramienta para la lucha política. En entrevista concedida a *La Tercera*, afirma que hace (sic) historia "con tal de que ella misma sea útil para la acción".

Debido a su loable entusiasmo por el estudio del pasado, Salazar afirma que a partir de 1985, cuando regresó de Inglaterra, la historia de Chile inició una etapa de nuevas formas que hicieron retroceder el positivismo. Atrás quedaron el erudicionismo (sic) documental de Barros Arana, J. T. Medina, Mario Góngora, Guillermo Feliú y Vi-



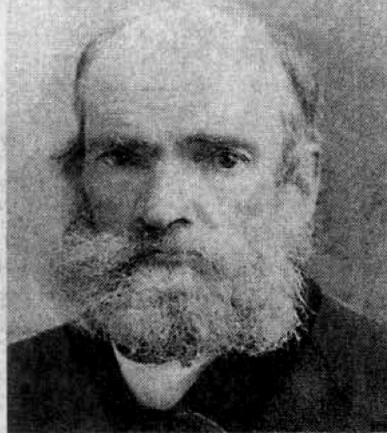
llalobos y el estructuralismo braudeliano de Rolando Mellafe, Alvaro Jara y Marcelo Carmagnani.

Resulta difícil comprender qué es lo malo en el notable esfuerzo erudito y documental de los autores señalados, los primeros de los cuales echaron las bases de nuestra historia que, por último, han permitido al profesor Salazar lanzarse al vuelo de su interpretación. No estará de más recordar la hermosa imagen dejada por Newton: "Mis antecesores fueron gigantes que alzándose sobre sus hombros me han permitido ver nuevos horizontes".

No se puede desconocer, tampoco, el aporte renovador del estructuralismo a través de las figuras de Mellafe, Jara, Carmagnani y quizás del propio autor de estas líneas.

La historia es objeto de una continua renovación, que no descarta por completo lo antecedente. Habrá que recordarle a nuestro polemista que en 1980, antes de la alborada de 1985, una obra, todavía en publicación, planteó una profunda renovación en el método y la visión histórica, coincidente en cierta medida con el planteamiento suyo; aunque sin el desequilibrio ideológico.

En relación con el punto anterior, Salazar se extiende en algunas frases despectivas sobre la investigación en archivos, porque éstos contendrían únicamente la documentación oficial. En buena parte es así, pero también existen fuentes privadas y lo que es muy importante, los papeles oficiales permiten entrar en la historia de los sectores más modestos. Informes de intendencias y gubernaciones, papeles eclesiásticos, notariales y especialmente los judiciales, forman una cantera riquísima, que el mismo profesor Salazar ha empleado de manera sobresaliente. Su afirmación, por lo tanto, es desconcertante.



Alberto Edwards, Diego Barros Arana y J. A. Encina

La intención suya es la de valorizar la historia oral, que, en verdad, es interesante para las épocas recientes; aunque debe someterse a crítica y, en todo caso, corre el peligro de confundir la realidad con la mentalidad y el folclor popular. Para épocas más alejadas, el testimonio oral carece de valor: está nublado por el mito.

Teoría y hechos

Respecto al tema de fondo. Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial y a medida que concluyó la Guerra Fría y se produjo el descalabro de la



Filósofos, sociólogos, epistemólogos, sicólogos y tratadistas de la literatura fueron presas del desconcierto y dieron en formular nuevas teorías en reemplazo de las antiguas. Surgieron entonces muchos planteamientos entrecruzados y heteróclitos que, lejos de dar solidez a la reflexión, más bien crearon un cuadro caótico.

En la imposibilidad de mencionar todos los "aportes", nos referiremos únicamente a los más relacionados con las ciencias sociales.

Resurgió el "relativismo", una vieja escuela cercana al "historicismo", que niega la existencia de verdades absolutas. Cada uno, cada sociedad, ca-

En relación al tema específico del posmodernismo, en que Gabriel Salazar cabe sólo a medias, digamos que ha llegado a constituir un batifondo de difícil coherencia.

Unión Soviética, surgió el llamado "posmodernismo", que nadie ha podido definir con claridad, acaso porque carece de coherencia en sus elementos. En forma general, se afirma que es una reacción contra el pensamiento y los valores generados por el Racionalismo del siglo XVIII y los "metarrelatos" y "metadiscursos" que habían seguido hasta mediados del siglo actual. Vale decir, el liberalismo, el socialismo, el marxismo, la social democracia y el neoliberalismo en las orientaciones políticas y sociales; el positivismo y el estructuralismo desde el ángulo epistemológico, entre otras tendencias.

Había habido un "constructivismo" y era necesario ir al "deconstructivismo".

da tiempo, tienen su verdad. Todo es posible, nada puede ser rechazado.

A parejas con lo anterior corre el "subjetivismo" al preconizar que el conocimiento no puede ser objetivo, pues depende del sujeto cognoscente. Cada perspectiva es válida y puede aproximarse a la realidad desde su propio ángulo.

Suma y sigue. El "pluriculturalismo" descansa en la idea de que no hay una sola cultura, sino cuantas se pueden imaginar, aun dentro de un mismo país, atendiendo a las clases sociales, minorías étnicas y cuantos sectores puedan distinguirse. El planteamiento no es equivocado; pero llevado al extremo resulta desintegrador.

La crítica al positivismo, al marxismo y al estructuralismo ha caracterizado al posmodernismo, sin que falten razones para hacerlo. Con todo, ninguna posición teórica puede ser despachada sin más. Todas han hecho algún aporte. ¿Quién podría negar al marxismo el mérito del relieve dado a la economía, los modos de producción y la lucha de clases en la historia? Otra cosa es creer que esos elementos sean determinantes e invariables.

El positivismo, denostado desde todas las posiciones epistemológicas, en cuanto buscaba aproximarse al método de las ciencias naturales y creía llegar a establecer las leyes de la conducta humana y hasta una religión de la humanidad, dejó en todo caso una forma de aproximarse a un objeto de estudio de la que nadie puede excusarse. La realidad presente o pasada existe de manera objetiva, cierta e indudable; pero el estudio puede deformarla al aproximarse a ella, sobre todo si son cuestiones altamente complejas. Esa dificultad, sin embargo, no puede detener el esfuerzo de objetividad, hasta donde es posible, porque renunciar a ello es abrir paso a todas las arbitrariedades. Colocarse en el subjetivismo estricto es renunciar a conocer y no poder encontrarse en ningún plano. La consecuencia es el escepticismo y el nihilismo.

Reconozcamos que la historia es un conocimiento acumulativo, siempre perfeccionable, y por eso existe la crítica histórica, la entrega de muchos investigadores y la sucesión de obras contrapuestas, que al fin van confluyendo a un conocimiento lo más objetivo posible. En la base se encuentran las fuentes, los documentos, los archivos y también los testimonios orales. Nunca agradeceremos bastante que haya habido un positivismo y que muchos historiadores hayan trabajado de manera erudita. Me parece increíble tener que defender estas cosas.

El positivismo, como método de trabajo, ofrece una base sólida de conocimiento; pero estaríamos equivocados si sólo nos quedásemos en ese nivel, sin desplegar la imaginación creadora. Hoy día, el historiador no se queda en los hechos, sino que busca su explicación y llega a la interpretación que es donde realmente se comprende a la historia.

En la interpretación es donde residen el subjetivismo, el pensamiento del historiador, sus experiencias y el peso de las teorías que lo orientan. Estas últimas habrían guiado sus búsquedas, atrayéndolo hacia tales

y cuales temas, adelantando posibles interpretaciones; pero finalmente serán los hechos positivos los que determinen si la teoría es aplicable o no.

De nada valdrán el pensamiento abstracto ni las más brillantes teorías si los porfiados hechos dicen que no.

Teorías y hechos forman un círculo sin término que encierra al juego intelectual. Desde los hechos surge, mediante la inducción, el pensamiento teórico y desde este último, a través de la deducción, se desciende a los hechos para ver si caben dentro de la teorización. Ese es un movimiento perpetuo, que nadie puede detener.

Volviendo al tema específico del posmodernismo, en que Gabriel Salazar cabe sólo a medias, digamos que ha llegado a constituir un batifondo de difícil coherencia.

Salazar echa de menos en nuestras lucubraciones un mayor conocimiento en el área de ciencias sociales, y ello nos lleva a formular dos consideraciones. Es probable que esa afirmación se deba al hecho de no conocer toda nuestra obra, lo que es comprensible por su volumen. Por otra parte, detesto exhibir sabiduría de libros y entrar en complejas y aburridas disquisiciones teóricas y metodológicas, prefiriendo la exposición llana, donde los conocimientos abstrusos quedan implícitos y se evita aburrir a los lectores.

Estas no son añejeces ni ignorancia, es sólo un mimetismo para no asustar. Por otra parte, dado que en el panorama intelectual las grandes orientaciones aparecen y decaen y vuelven a aparecer ninguna tendencia queda definitivamente enterrada. Otoños y primaveras se suceden sin parar.

El profesor Salazar estima que sus ideas son muy renovadas y se encuentran en la avanzada de la epistemología. No obstante, autores recientes han pulverizado los paradigmas posmodernistas, llegando hasta la mofa. Appleby, Hunt y Jacob (Barcelona, Santiago, 1994) han hecho una amplia crítica de las recientes posturas historiográficas; Alan Sokal y Jean Bricmont, en *Imposturas intelectuales* (Buenos Aires, 1999), han desenmascarado las confusiones y hasta las triquiñuelas de los posmodernistas.

Recomiendo su lectura, porque además de ser un regocijo para el espíritu, nadie puede objetar su novedad. **AVL**